

## EL PENSAMIENTO OCCIDENTAL CRISTIANO (\*)

POR

MIGUEL PORADOWSKI

Se habla de la cultura y de los valores, de la defensa, del «pensamiento occidental cristiano», de la «civilización occidental cristiana», de los «valores espirituales». Pues bien, esta conferencia tiene por finalidad recordar cuáles son estos valores y dónde se encuentran, dónde tienen sus raíces. Claro está que aquí vamos a recordar solamente algunos de estos valores y solamente en relación con la revolución marxista, en cuanto ésta se opone a estos valores, como revolución que tiene por finalidad destruirlos.

### Los valores bíblicos.

En primer lugar hablamos de lo bíblico, es decir, de los valores que encontramos en la Biblia. Para nosotros, los cristianos, la Biblia no es solamente el Antiguo Testamento, sino también el Nuevo Testamento, es decir, la totalidad de la Palabra revelada por Dios. Y si se trata del Antiguo Testamento, para nosotros aquí, en relación con lo que tenemos que tratar, éste se presenta no sólo como una fuente de estos valores puramente bíblicos, sino al mismo tiempo de otros valores, porque la Bíblica acoge una parte de la revelación divina, transmitida antes por tradición, por la palabra viva y muy poco por los documen-

---

(1) Texto de una conferencia no escrita previamente ni leída, sino improvisada y grabada en video dada en la Academia Nacional de Estudios Políticos y Geoestratégicos en Santiago de Chile.

tos escritos, al mismo tiempo que —siendo un libro enorme, compuesto de muchísimos libros, que crece durante siglos— también acoge muchas tradiciones y culturas de otros pueblos y no solamente del pueblo judío, porque este pueblo judío vive no solamente en su patria, sino también en otros lugares y se penetra con otras culturas. De manera que cuando hablamos de los valores bíblicos nos referimos también a muchos de estos valores que tienen sus raíces en otras civilizaciones.

En la Biblia a veces se habla de Israel, a veces de los judíos y a veces de los hebreos. ¿Cuáles son las diferencias? Primeramente existe el pueblo hebreo, que es una rama de pueblos semitas. Dentro de estos hebreos, uno de ellos, Abraham, sale con sus siervos de la ciudad de Ur y emigra a lo que hoy día es Palestina. Este Abraham se hace padre de un nuevo pueblo, pues no todos los hebreos pertenecen a aquel del cual se ocupa la Biblia, al pueblo escogido; a éste pertenece biológicamente sólo la descendencia de Abraham. Abraham vive más o menos (aunque discutibles son estas fechas) 2.000 años a. c., y tiene un solo hijo, Isaac. Después el hijo de Isaac, Jacob, tiene 12 hijos, de los cuales nacen doce generaciones o tribus distintas. Previamente, Jacob tuvo aquella famosa lucha con el Arcángel, en la cual éste le da el nombre de «Israel», y de allí viene el nombre de israelitas que se da a todos los descendientes de Jacob. De las doce tribus solamente una de ellas es la de los «judíos», por ser su padre Judá. La Biblia se ocupa, después, solamente de dos Estados: uno es el judío y otro el de Israel; éste es pasajero, pues aparece después de Salomón, a causa de una rebelión de las demás tribus contra la primacía de Judá, y dura sólo doscientos años. El estado de Israel únicamente reaparece, con este nombre, en nuestros días, pero ya compuesto no solamente por israelitas de raza, sino por todos los que han adoptado sus tradiciones. Algunas tribus se pierden en la historia y no se sabe bien dónde. Los ingleses dicen que ellos también son un pueblo escogido, porque una de esas tribus pasó allá, a las islas británicas; tal vez es una leyenda, pero leyenda que tiene una fuerza muy grande entre los ingleses. A España llegaron judíos (la palabra «ju-

dío» se da después a todos) en tiempos muy antiguos y allá recibieron el nombre de sefaraditas, es decir, de los judíos ibéricos, que después de nuevo se dispersan a otros países, durante los tiempos de los Reyes Católicos. Saliendo de la península ibérica en muchos países cambian de nombre; por ejemplo, algunos de ellos llega a la Isla Dzuga, que está en el Golfo Pérsico, por lo cual después todos los judíos provenientes de esta isla llevan el nombre de Dzuguí, de aquí que algunos sostengan que Stalin fue judío, porque es dzugasvíl, que quiere decir oriundo de la isla Dzuga.

¿Qué valores encontramos en el Antiguo Testamento?

En primer lugar el *monoteísmo*. El Dios único de la Biblia es completamente distinto de los dioses de otras religiones; es evidente que se trata de una revelación divina, porque la mente humana en ninguna parte, y tampoco en el mismo pueblo israelita, podía llegar a un concepto tan claro de Dios único, opuesto a todos los sistemas politeístas y también opuesto a los conceptos a los cuales llegaban algunos cultores, de un Dios en cierto modo único, pero que lo era en virtud de su primacía sobre los otros dioses, como cumbre del Olimpo. En el Antiguo Testamento esta revelación sobre la unidad de Dios es muy clara, pues no se trata solamente del concepto vago de un ser absoluto, supremo, sino la noción muy precisa de una persona, padre, y padre no solamente del pueblo judío (a pesar de la tendencia entre los judíos a acapararlo como propio, como Dios exclusivamente de los judíos). En el Antiguo Testamento de inmediato aparece esta universalidad del concepto de Dios, y de Dios Padre, Dios Amor. Es muy importante recordar esto, porque Marx hace caso omiso de que Dios sea Amor y de que exija el amor del hombre; Marx rechaza al Dios creador del universo y del hombre, al Dios que es el principio de la vida humana y su fin, fin como finalidad de la vida, como eternidad feliz para el hombre.

En segundo lugar se habla del *hombre*, y aquí se manifiesta una dignidad del hombre completamente diversa a la de otras culturas, porque esta dignidad está subrayada ya por el mismo acto de la creación, por el hecho de ser Dios el creador del hom-

bre, por ser éste creado separadamente, no con todo el resto de las creaturas. Además, la Biblia subraya —lo que soluciona, para el pensamiento humano, muchísimos problemas— que Dios, cuando crea el Universo, lo crea de la nada, mientras que cuando crea al hombre lo crea de esta «materia prima» ya existente, de este barro, que simboliza a toda la creación, al universo; de este modo el hombre, por ser creado del barro, está vinculado con el universo, con la naturaleza, con el cosmos; tiene todos los elementos del cosmos en sí mismo y en este sentido es una síntesis de toda creación corpórea. Pero, por otro lado, este mismo hombre, creado por Dios del barro, recibe directamente de Dios el espíritu, la vida no solamente biológica, sino vida espiritual; el espíritu, el alma humana viene directamente de Dios y ahí está la razón de la dignidad y de la superioridad del hombre, de inmediato subrayada por la Biblia. Más todavía, este hombre recibe de inmediato un mandato: de dominar a todo el universo material (sobre esto vamos a volver más adelante). Además, este hombre no solamente es creado por Dios, sino que es creado a imagen y semejanza de Dios; es como su retrato, retrato hecho por el mismo Dios. Y ¿en qué está esta semejanza? Aquí la Biblia difiere mucho del Talmud, de las interpretaciones talmúdicas. La Biblia ve esta imagen de Dios en el hombre en el hecho de que el hombre es un ser razonable, que tiene libre voluntad, el libre albedrío y que también tiene sentimientos, tiene imaginación creativa. Subrayo esto último porque nunca he encontrado que alguien destaque esta característica, que me parece sumamente importante, pues, sin esta imaginación creativa, la razón humana y su voluntad serían en parte impotentes. Esta imaginación creadora es una extraordinaria facultad y no solamente en lo artístico; Miguel Angel no podría haber creado ni la Pietá, ni el Moisés, ni el David, no podría haberlos sacado del mármol si no hubiera podido antes imaginarlos perfectamente y de muchas posibilidades escoger la que prefería y mantenerla en su imaginación, sin cambiar ningún detalle, para poder realizar esta imagen en el mármol. Nadie, por ejemplo, puede ser un buen arquitecto si no está dotado de imaginación creativa; de manera que ésta

es una de las características de la imagen y de semejanza de Dios en el hombre.

También la Biblia subraya que el hombre es un ser sociable; sociable en el sentido de que tiene absoluta necesidad de convivir con sus semejantes y con su Creador para poder llegar a ser plenamente esta imagen de Dios. Ya hemos visto que el hombre está compuesto de cuerpo y de alma, de ahí una dualidad que existe en él, a la cual nos vamos a referir después; y está creado para un destino eterno, pues es inmortal, de ahí su valor y la dignidad de su vida. Todo, alrededor de él, muere; mueren todos los animales, lo único que tiene esta inmortalidad es el hombre, y tiene el alma inmortal porque está creado para hacer compañía a Dios en la eternidad, para compartir la felicidad divina, y por esta razón está creado a imagen de Dios, pues de otra manera no podría ser compañero digno de Dios, no podría ser capaz de hacer esta compañía. Pero para poder llegar a hacer esta compañía en la eternidad de Dios, debería glorificar a Dios en su vida terrenal y no solamente por la oración, por sacrificios, por ofrendas, por las cuales expresa que adora a Dios, que le reconoce, sino también se insiste en la Biblia, en sus primeras frases, que el hombre tiene que glorificar a Dios por el trabajo y también por su vida. Además, la Biblia nos dice que Dios creó al hombre, como varón y mujer, es decir, ya de inmediato hay matrimonio, matrimonio monogámico, porque no crea Dios a varios varones y a una mujer, o a un varón y varias mujeres, sino que ha creado un varón y una mujer y esto subraya la sociabilidad del ser humano: ni el varón puede llevar una vida humana sin ser acompañado por la mujer, ni la mujer vale o puede existir sola, pues está creada para ser compañía del varón; de aquí viene el matrimonio como la vinculación de dos destinos, para que juntos caminen hacia Dios; viene la familia, como sociedad orgánica, símbolo, principio y base de la sociedad política, es decir, una sociedad organizada como convivencia permanente de los hombres.

En tercer lugar, la Biblia nos da la *Ley*, la Ley eterna divina, dada para el hombre, para que el hombre tenga en ella una ayuda en su vida, en su comportamiento. Esta ley es la expre-

sión de la voluntad de Dios y es dada, sea en forma de ley natural, intrínseca a la creación misma, que la razón humana puede descubrir y conocer para respetarla, sea en forma positiva, dada por Dios de distintas maneras y en distintas ocasiones, como en la forma más sintética en los diez mandamientos, por intermedio de Moisés. Es evidente en la Biblia, que la ley humana tiene valor solamente si es interpretación de la Ley divina; no se trata de que la ley humana sólo respete la Ley divina, sino que sea la interpretación misma, en detalle, de la Ley divina.

La Biblia nos da también otras informaciones, que aclaran muchos problemas para el hombre y lo orientan. Allí está lo que nos dice respecto a la caída de la primera pareja, es decir, al *pecado original*. El término mismo indica dos cosas: que está en el origen de la vida humana y que cada uno de nosotros, en su origen, ya tiene esta marca del pecado original, como una inclinación al mal, pero una inclinación que puede ser dominada por la voluntad humana. De aquí toma su validez el concepto del crimen, porque el hombre no podría cometer ningún crimen, ningún acto podría imputarse como tal, si no fuera capaz de dominar su inclinación al mal. Así, se puede clasificar como crimen solamente el acto, que se realiza como rompimiento de la ley moral dada por Dios, y aquí la Biblia nos da también algunas imágenes concretas que nos explican estos problemas, como, por ejemplo, el crimen de Caín, que viene por la envidia. Caín mata a su hermano Abel por envidia, pero viene de inmediato el remordimiento a su conciencia, reconoce su crimen; todo esto nos aclara en la Biblia el problema moral dentro del hombre. Sin embargo, el problema de la misma caída de Adán y Eva y sus consecuencias (que el caso de Caín confirma) no es comprensible sin otros aspectos que de ello nos da la Biblia, cuando nos explica el origen del mal. Allí, en el paraíso, el mal no tiene comienzo en el hombre mismo, sino que viene de la Serpiente, por intermedio de la cual, o en la cual, se manifiesta *Satanás*, que de inmediato se mezcla en la vida humana. Esta presencia de Satanás en la vida de la humanidad se da a lo largo de toda la historia. Es así que la Biblia nos habla no solamente de la creación de un

mundo visible, sino también de un mundo invisible; y de este mundo invisible se puede suponer que es mucho más rico que el mundo visible, porque son espíritus puros («puros», aquí no tiene calificativo moral, sino que tiene el sentido de que es solamente espíritu, nada de materia, como hablamos de oro puro, por ejemplo, que no tiene mezcla de otro metal). Precisamente estos espíritus puros son superiores al hombre, son más cercanos a Dios, porque el mismo Dios es espíritu puro, y ha creado este mundo invisible también para compartir su felicidad con otros seres y entre ellos estos seres puros los ángeles, arcángeles, etc. Y viene la caída de alguno de estos ángeles y arcángeles, encabezados por uno más grande entre ellos, Lucifer.

Hay una tradición nefasta que ridiculiza a Satanás y a los diablos, presentándoles en forma ridícula y de esta manera les quita toda su grandeza e importancia; sin embargo, la imagen que nos da la Biblia de este mundo invisible es, ante todo, la imagen de una extraordinaria grandeza. No hay que imaginarse a Dios como parecido a un hombre que hace algunas figurillas y después las destruye, porque no le gustan. No es así; una vez que Dios ha creado algo y ante todo aquello más digno de hacerle compañía, respeta a sus creaturas. Dios respeta a estos ángeles, y también a los caídos, tal como fueron creados, con su grandeza y potencia, pues éstos, por la caída no perdieron su grandeza y sus facultades.

Lo que nos interesa ante todo, sobre este punto, para poder seguir luego muchos problemas que se presentan al pensamiento occidental cristiano, es tener presente que la causa de la caída de Lucifer es, según la tradición cristiana, el hombre, porque Lucifer, al conocer el proyecto de Dios de que la segunda persona de la Santísima Trinidad se iba a encarnar, haciéndose hombre, por lo cual el hombre iba a ser elevado a un nivel superior al de los ángeles, reacciona con envidia, con orgullo, y por ello se rebela. Es decir, que la causa de la caída de Lucifer es el hombre; de ahí que tampoco haya nada de extraño en lo que nos dice la Biblia, de que el hombre cae por culpa de Satanás, que interviene en su vida y lo lleva también a la caída, porque Satanás ahora

quiere destruir ese plan de Dios de elevar al hombre al nivel de la misma vida divina.

Esto también nos explica la aparición de la *dualidad en la historia*, dualidad que tiene algo de base en el mismo hecho, que hemos visto, de que el hombre es una dualidad de cuerpo y alma. Pero esta dualidad se introduce también en el orden moral, donde aparece el bien y el mal, como opciones: el sumo bien que es Dios y el sumo mal que es Satanás. Aparece esta oposición entre Dios y Satanás, esta lucha entre Dios y Satanás respecto al hombre; pues el conflicto es precisamente por el hombre; tanto de parte de Dios como de parte de Satanás hay conflicto por el hombre.

En el Antiguo Testamento también se encuentra el anuncio del *Reino de Dios*. Este anuncio viene relativamente tarde, pues primeramente tenían que aparecer en la historia de la humanidad los reinos humanos, para que el hombre pudiera comprender el concepto del Reino de Dios como una sociedad, fundada completamente sobre la moral dada por Dios y en la cual la convivencia humana es de tal carácter que lleva a todos hasta Dios.

También en la Biblia se anuncia la llegada del *Mesías*, como Redentor de la humanidad; de esto habla el Génesis, después los profetas, los salmos, algunos con extraordinarios detalles minuciosos, y así, con este anuncio ya se pasa del Antiguo al Nuevo Testamento, pues, sobre el Mesías el testimonio principal nos lo dan los Evangelios.

En este paso del Antiguo al Nuevo Testamento hay todavía una importante descripción —indispensable para comprender la historia santa— de la *Sinagoga* como imagen de la futura Iglesia y que al momento de la llegada del Mesías se encuentra casi completamente en manos de Satanás; la expresión «Sinagoga de Satanás» es frecuente en el Nuevo Testamento; especialmente en el Apocalipsis.

Si se trata del Nuevo Testamento, es decir, de la parte de la Biblia que ya pertenece al Cristianismo, el primer valor que encontramos es el mismo *Cristo*, es decir, Dios prometido como Mesías, que viene encarnado en el hombre Jesús. Ya hemos vis-



to que esta promesa de la Encarnación es la causa probable de la caída de Lucifer y de sus compañeros, pero ahora esta Encarnación adquiere también otro carácter y tiene otras finalidades, porque si antes solamente podría ser expresión del amor de Dios al hombre, para que Dios comparta completamente la vida humana, haciéndose uno de nosotros y, de esta manera, elevar a todos al nivel superior para que pudiéramos hacerle compañía en el Cielo, ahora, después de la caída del hombre, viene ante todo como Redentor de la humanidad, asumiendo la naturaleza humana para reconciliarla plenamente con Dios Padre, revelándonos el misterio de la *Santísima Trinidad*, presente, pero escondido en el Antiguo Testamento. Siendo Dios uno y único, es Dios trino: una sola naturaleza divina pero tres personas. La primera persona es Dios Padre, porque es padre de su propio hijo, el Verbo de Dios, pero también es padre de todos los hombres y es padre de toda la creación, es decir, que la actitud de Dios frente a la creación, al universo y especialmente al hombre es una actitud paternal de amor, y aquí la imagen de Dios es muy distinta de la que se muestra en algunas partes del Antiguo Testamento donde predomina más bien el Dios terrible, el Dios que inspira temor al hombre, mientras que aquí, en el Nuevo Testamento, al contrario, Dios es Padre, Dios ama al hombre y exige del hombre el amor.

La segunda persona es el Hijo, el Verbo, es decir, el pensamiento de Dios Padre, tan perfecto que es su perfecta imagen, y en este sentido es igual al mismo Dios Padre, siendo también persona. Y la tercera persona es Dios Espíritu Santo, es decir, el amor del Padre a su imagen perfecta, a su Verbo-Hijo, es también tan perfecto y tan completo que es persona. Este Dios trino es un Dios a cuya imagen está creado el hombre, porque el hombre, siendo imagen de Dios, también es imagen de la Trinidad. En algunos documentos la Iglesia subraya esta imagen de la Trinidad en el hombre; lo que ante todo es visible en el hecho de que el hombre sea un ser sociable, porque como Dios, siendo Trinidad, es un ser sociable, también su imagen, el hombre, es un ser sociable, en el sentido de que tiene que vivir en la socie-

dad y de que solamente por la convivencia en sociedad llega a su pleno desarrollo; pero ante todo sociable en el sentido de que necesita convivir con Dios.

Ahora bien, sin aceptación de esta enseñanza de Cristo, de que Dios es la Trinidad, no se puede captar el sentido ni aceptar la Encarnación. Precisamente por esta razón a muchos judíos mosaístas les escandaliza que los cristianos sostengan que Cristo es el Dios encarnado. ¿Cómo Dios puede encarnarse en su creatura? Razonando solamente en el plano humano, es claro que este pensamiento repugna, pero si se toma en cuenta la enseñanza de Cristo sobre la Santísima Trinidad, es otra cosa, porque se encarna el Verbo, la segunda persona de la Santísima Trinidad, no la Trinidad, no Dios Padre, sino la segunda persona, y por la acción de la tercera persona, del Espíritu Santo.

Entonces, del concepto de Dios que nos da Cristo, viene también la aclaración del concepto del hombre que hemos visto anteriormente en el Antiguo Testamento, porque ahora, a la luz del dogma de la Santísima Trinidad y de la Redención, el hombre se presenta ante todo como este ser creado por el amor de Dios; para el amor de Dios, para el destino eterno, para compartir la felicidad eterna de Dios y esto por ser creado a la imagen de Dios, como un ser razonable, libre, capaz de amar: es imagen de la Santísima Trinidad.

Otro aspecto de estos valores, ya más cercano a la vida temporal humana, es lo que Cristo nos enseña respecto al *trabajo*. En el Antiguo Testamento, inmediatamente después que el hombre es creado, ya recibe el mandato de cuidar el paraíso. Muchos lectores de la Biblia se fijan más bien en otro relato respecto al trabajo, cuando, después de la caída, Dios dice al hombre que con el sudor de su frente va a ganar su pan: entonces este trabajo toma carácter punitivo; pero esto es después de la caída, pero antes, en el paraíso, el hombre había recibido el mandato de trabajar, de «cuidar» el paraíso, es decir, que el trabajo tiene su valor primario, como una actividad que permite al hombre desarrollarse, que le da la posibilidad de descubrir en sí mismo los talentos, talentos invisibles al ser humano cuando nace y que

en su juventud los descubre a medida que se compromete en las actividades y, ante todo, en el trabajo. Entonces el trabajo se presenta como una bendición de Dios, porque permite al hombre crecer espiritualmente, desarrollar sus capacidades, aptitudes y, ante todo, las espirituales, es decir, hacerse más realidad en cuanto imagen de Dios. Las parábolas de Cristo usadas para explicar este aspecto de la importancia del trabajo en la vida humana, como por ejemplo la parábola sobre los talentos, resaltan la obligación moral del hombre de hacer uso de los talentos que ha recibido de Dios; los talentos de los cuales habla la parábola misma como monedas son solamente una imagen de estos talentos innumerables, de distintos tipos, que el hombre recibe de Dios; cada uno de nosotros de una manera distinta, pero teniendo cada uno de nosotros la obligación de descubrirlos y de desarrollarlos, de aprovecharlos, siendo esto precisamente la condición de la salvación.

Otro valor, que ya hemos mencionado que existe en el Antiguo Testamento, pero todavía muy poco aclarado, es la enseñanza sobre el *Reino de Dios*. Es el tema principal de las predicaciones de Cristo; el término mismo «Reino de Dios» en el Evangelio de San Mateo aparece 47 veces. La mayoría de las parábolas y de las enseñanzas de Cristo están centradas en el Reino de Dios.

En la variedad de las parábolas de Cristo se puede ver que este término tiene distintos significados. Se habla del Reino de Dios en el corazón humano; que el hombre mismo debería establecer en su propio corazón el reino de Dios. Se habla también del Reino de Dios como una sociedad, y aquí también vemos que se trata de distintas sociedades, una de ellas es la Iglesia; también se habla de la sociedad humana de lo que podríamos llamar la Cristiandad, para que toda la sociedad sea construida en base a la revelación dada en la Biblia, es decir, una sociedad que respeta la moral dada por Dios y que es un prelude, un paso a la felicidad eterna, una preparación a este Reino de Dios definitivo y perfecto que es el Cielo.

Pero, respecto de este Reino de Dios terrenal, de distintos

tipos, como la Iglesia, la Cristiandad, la civilización cristiana, etc., Cristo precisamente nos previene contra todo tipo de utopismo, es decir, no nos exige lo irrealizable, porque nos dice claramente que el perfecto Reino de Dios solamente va a tener lugar después de su segunda llegada y que antes, nosotros, solamente podemos hasta algún punto realizar estos principios fundamentales enseñados por Cristo, y que siempre, tanto en la Iglesia como en la sociedad toda, va a haber composición de estos dos elementos, de los buenos y de los malos, va a haber la presencia del bien y del mal. Más todavía, Cristo insiste en que la frontera entre el bien y el mal pasa por el corazón humano, es decir, que cada uno de nosotros se encuentra en situación de pertenecer al bien y al mal, y que nunca cada uno puede decir, por ejemplo, que pertenece al «trigo» y otros a la «cizaña», porque en cualquier momento de su vida puede traicionar a Dios, sea por debilidad, sea por maldad. La distinción entre estas dos causas generales de la fallibilidad del hombre, entre muchísimas otras particulares, es muy importante en la práctica, porque, por ejemplo, la caída de Caín o de Judas es por maldad, es por compartir el reino de Satanás, es por solidarizarse conscientemente con el enemigo de Dios, mientras que en otros casos, también graves, no es por maldad sino por debilidad, y aquí viene el ejemplo del mismo primer Papa, San Pedro. Es escandaloso para muchos que leen los Evangelios que en el momento de mayor sufrimiento de Cristo, durante su pasión, durante su agonía y muerte en la Cruz, no sólo que Pedro lo abandone, sino todavía lo niegue, y tres veces; pero también se ve cómo después llora y se convierte completamente, lo cual sucede porque pecó solamente por debilidad, es decir, que en ningún momento San Pedro se separó completamente de Dios.

Cuando Cristo nos enseña acerca del Reino de Dios, también, al mismo tiempo, subraya que, paralelamente al Reino de Dios, existe el reino de Satanás, y Cristo aquí usa una expresión sumamente significativa: dice «el reino del príncipe de este mundo», es decir, que a pesar de la Redención, el mundo, hasta la segunda llegada de Cristo, sigue estando bajo el príncipe de este mundo, que Satanás guarda su poder sobre el hombre caído, lo

que nos explica por qué hay tanta maldad en el mundo, a pesar de 2.000 años de Cristianismo; no solamente porque siempre habrá «trigo y cizaña» mezclados, sino porque Satanás sigue siendo príncipe de este mundo; y si es así no puede existir un vacío, es decir, o estamos comprometidos con la tarea de Cristo, la de construir el Reino de Dios o, si no lo hacemos, por dejación, de inmediato caemos bajo la influencia del príncipe de este mundo.

### Los valores griegos.

Aquí, de nuevo, hay que reconocer que cuando se habla de los valores de la antigua cultura griega, precristiana, estamos hablando no sólo de lo exclusivamente griego, sino también de lo que se encuentra en esta cultura, pero que vino de otras civilizaciones. Los griegos se extendieron mucho al Oriente y absorbieron la tradición de otras civilizaciones, de Caldea, de Babilonia, de los Persas, de Egipto, etc. En estas culturas, frente a lo que enseña el Cristianismo respecto a la Santísima Trinidad, aparecen tríadas opuestas con un evidente dualismo. El dualismo, existente desde principio en el Antiguo Testamento y en otras culturas, en la cultura griega es muy evidente. Por ejemplo, la primera tríada es la de la verdad, lo bello, lo bueno. La verdad se expresa ante todo en la filosofía, concebida ésta como búsqueda de la verdad, como esfuerzo honesto por descubrir la verdad, por amor de la verdad misma. Y la búsqueda de lo bello se expresa en el arte, como búsqueda de la belleza y de las proporciones. Lo bueno se expresa en la ética y, ante todo, en la búsqueda de la justicia. Por otro lado lo opuesto, la tríada paralela: a la verdad se opone la mentira, que en la cultura griega tiene sus cultivadores. Este dualismo es, por ejemplo, muy claro en el concepto de la dialéctica: cuando se formula como método para buscar la verdad, tenemos la dialéctica de Sócrates, de Platón, de Aristóteles; y, al contrario, tenemos una dialéctica para confundir, para difundir la mentira y procurar su triunfo. El marxismo se refiere precisamente a esta dialéctica mentirosa; Marx la perfecciona para

imponer la mentira. La misma dualidad la tenemos respecto de lo bello: al lado del culto de lo bello, de la belleza, también hay culto de la fealdad, de lo feo; y lo mismo con lo bueno: al lado de la ética, de la búsqueda de lo bueno, de la justicia, también hay lo malo, el crimen. Todo este dualismo se expresa en la filosofía, en la literatura antigua griega y, especialmente, en el teatro, que es lo más característico para los griegos y en la política como ciencia.

En esta antigua cultura griega está muy claro el concepto de *la ley natural*, muy similar al bíblico. La fuente de este conocimiento de la ley natural es el descubrimiento de las leyes naturales del mundo físico, es decir, las leyes intrínsecas a la misma naturaleza, a los minerales, al mundo biológico. El descubrimiento de las leyes permite llegar al concepto abstracto de la ley natural en el mundo humano, ante todo en lo referente a lo moral, es decir, a lo que obliga al hombre como ser razonable y libre y aquí está la extraordinaria grandeza de la antigua cultura griega precristiana, ante todo en ese culto de la verdad, de la belleza y del bien. Un solo ejemplo basta para rendir homenaje a lo que hasta hoy día no hemos superado: lo elaborado por Aristóteles respecto a la ética. La ética de Aristóteles, hasta hoy día, es un manual que nos sirve para el estudio. Casi todos los conceptos básicos de la ética de justicia son principalmente obra de Aristóteles, pero no solamente de él, pues Aristóteles recogió lo ya elaborado antes, lo sistematiza y lo presenta en una forma más ordenada. Incluso hay dos manuales de la ética de Aristóteles, porque la primera presentación no le satisface, y presentó después otra obra, mucho más detallada, profundizada, un esquema que hasta hoy día no es superado. Santo Tomás y otros solamente lo cristianizaron, pero lo básico, lo referente al orden natural sigue vigente hasta hoy día; esto es testimonio de la grandeza moral de la antigua cultura griega.

Lo mismo en el orden de la belleza. Las bellas artes de la antigua Grecia, ante todo la escultura, es lo que admiramos hasta hoy día, a pesar de que con el correr del tiempo todo eso ya está en gran parte destruido; sin embargo, de todas maneras pode-

mos imaginarnos hasta qué punto ellos llegaron a apreciar la belleza. También está la belleza del teatro griego, del cual nos han llegado tantas obras, tan profundamente morales, donde los más importantes problemas se hallan tan profundamente presentados. También podemos decir que el teatro griego sigue sin ser superado.

En el campo del bien son más débiles. El hombre precristiano no tenía fuerzas para salir del mal, lo cual le dolía, y muy a menudo reconocía este dolor: lo vemos precisamente en el teatro griego, en que el hombre reconoce su debilidad y su limitación y sufre por eso, pero sin poder superarla. En el campo del bien hicieron poco. Más todavía, mucho de lo que hoy día para nosotros es completamente inaceptable, gracias a la influencia del Cristianismo, ellos lo consideraban como normal, como, por ejemplo, la esclavitud, que para Aristóteles es de derecho natural.

#### Los valores romanos.

Los romanos también acogen muchos valores de otras civilizaciones, pero nosotros aquí vamos a referirnos exclusivamente a lo propio de su civilización. Aquí lo que tenemos, como valor propio de los romanos es, ante todo, el aprecio del *orden*, del orden en la vida de la sociedad, en la vida del hombre como ser sociable, el orden que hace diferir a la sociedad civilizada de la barbarie. Y, si se aprecia el orden, se aprecia también la *autoridad*, la cual es indispensable para mantener el orden y el bien común y, en consecuencia, también se aprecia el derecho, la *ley*. Aquí los romanos son genios no superados por nadie; ellos nos dejaron como herencia la elaboración de las leyes y, por esta razón, hasta hoy día, no hay y no puede darse ningún país civilizado en el cual no se estudie el derecho romano como base de toda formación jurídica.

Pero hay muchísimas otras expresiones que también manifiestan el alto nivel moral de la antigua civilización romana precristiana como, por ejemplo, un profundo respeto por el derecho na-

tural, como derecho divino. Precisamente la grandeza del derecho romano está, ante todo, en esto, en que el legislador se consideraba solamente como un intérprete de la ley divina para dar aplicación práctica a la ley dada por Dios. De aquí, por ejemplo, expresiones tales que deberían avergonzarnos a nosotros hoy día, como «nasciturus pro nato habetur» (el que va a nacer es tenido por nacido): en pocas palabras, ya hay una defensa jurídica de la vida del no nacido, un reconocimiento de que el ser humano, apenas concebido en las entrañas de su madre, ya debe ser tratado como ciudadano, con todas sus consecuencias jurídicas. Para nuestra vergüenza, hoy día, en muchos países, incluso católicos, se promulgan leyes que pisotean este derecho a la vida.

Otro ejemplo es la ley del derecho internacional brevísima, pero que lo dice todo: «pacta sunt servanda». Es también una vergüenza para nosotros, hoy día, que haya tantos acuerdos internacionales que no valen nada, que son hechos solamente para engañar. ¡Cuántos pactos de amistad hubo antes de la primera guerra mundial, más los hubo todavía antes de la segunda guerra mundial, y pactos entre partes que los hacían solamente para atacar con sorpresa! Es decir, una inmoralidad completa en la vida internacional, mientras que el derecho romano lo pone claramente: los acuerdos, una vez tomados, se observan siempre. Por esto nació de esa pequeña nación del Lacio el gran imperio romano, porque se respetaba la ley y todos los que entraban a este imperio sabían que allí tenía vigencia el orden, la autoridad y el respeto de la ley.

Sin embargo, dentro del imperio romano también existe el dualismo, un dualismo muy elocuente, que también confirma que el hombre, antes de la llegada de Cristo, no podía combatir este mal, pues no tenía fuerza para ello. Por ejemplo, en esta antigua Roma, hubo la ley «sexagenarios de pontu»; de nuevo una expresión modelo, pero con un contenido espantoso, pues quería decir que cada hijo podía deshacerse de su padre cuando éste llegara a la edad de 60 años, tirándolo desde el puente al Tíber y desligándose así de todas las obligaciones con él. O, por ejemplo, las famosas «arae Perusinae», es decir, los altares de Perusa. Perusa,



en Italia, es una ciudad antigua, ya famosa en los tiempos romanos, y Augusto, a quien se lo considera como uno de los más grandes emperadores de la Roma antigua, para celebrar el aniversario de la muerte de su antecesor, César, concede un «privilegio»: toma doce senadores del Imperio, los ceba durante un mes y los sacrifica en esos altares de Perugia en honor de su antecesor.

Pero los romanos reconocían esta inclinación del hombre al mal y veían este misterio, de que el hombre, siendo un ser razonable, con inteligencia, con voluntad, tuviese inclinación al mal, y esto lo expresaron también en forma lapidaria en la frase: «video meliora, proboque, deteriora sequor» (veo lo que es bueno y lo apruebo, pero hago el mal).

### Los valores de la Cristiandad.

La Cristiandad viene en un momento en que, como lo dicen San Pablo y San Juan, existe ya «plenitud del tiempo», es decir, en que el mundo está maduro para la primera llegada de Cristo. Y cuando viene Cristo y funda la Iglesia, esta Iglesia, después de la ascensión de Cristo al Cielo, se desarrolla en aquel mundo pagano, en estas civilizaciones que, por un lado, tienen mucho de bueno, como hemos visto, y por otro lado mucho mal. Es decir, que el dualismo está muy evidente y la Iglesia, frente a tal pasado histórico, es muy cautelosa. No destruye, al contrario, acoge todo lo que encuentra que está conforme con la ley natural y con la enseñanza del Evangelio: lo conserva y, más todavía, lo rescata. ¿Por qué lo rescata? Porque hay que tomar en cuenta que cuando se extiende el cristianismo, al salir la Iglesia de las catacumbas, es un momento muy trágico para lo que había dejado la antigüedad, pues viene la invasión de los bárbaros, que vienen de todas partes y destruyen el imperio romano, destruyen la cultura griega y la del antiguo Egipto. La Iglesia, en esta situación, que duró varios siglos, de espantosas destrucciones, defiende, rescata estos valores, los conserva y

desarrolla, y viene lo que podríamos llamar el «bautismo» de esta cultura antigua; es decir, que todos estos valores los conserva y eleva a un nivel más alto todavía, y por esta razón podemos usar la expresión de Alberto Caturelli, que viene la «transfiguración» de la civilización greco-romana. Como en la persona de Cristo, quien, antes de su pasión y para afirmar a sus Apóstoles en la fe, los lleva a la montaña y en ella se transfigura, es decir, se les aparece en su cuerpo glorioso, tal como el que tendrá después de la resurrección; este cuerpo de Cristo glorioso es el mismo, pero elevado, transformado. Algo parecido ocurre con esas culturas antiguas, que dentro del cristianismo son elevadas, transfiguradas, sublimadas.

A esta transfiguración contribuyen, sobre todo, *las órdenes monacales*. Sin embargo, hay que recordar que el monaquismo mismo, la vida de los monjes, no es de invención cristiana. Desde muchos siglos, tal vez de miles de años, se practicaba en Oriente. En la Iglesia cristiana oriental se empieza a practicar en el siglo III, y las primeras reglas son de San Basilio, en el siglo IV. En occidente, las primeras reglas son de San Agustín, a principios del siglo V, pero son reglas todavía muy modestas, porque se destinan solamente al clero de la catedral. El verdadero monaquismo en Occidente viene sólo ya muy avanzado el siglo VI, con la regla de San Benito (529). Previamente ha venido el momento en que Europa es destruida por los bárbaros, que se imponen por todas partes y, por ello, en los conventos que se establecen, los monjes empiezan a reconstruir a Europa; con razón San Benito es considerado como Patrono de Europa, porque es precisamente el constructor de esta nueva Europa, de la Europa cristiana, pero una Europa que tiene sus raíces en las culturas precristianas rescatadas, conservadas por el cristianismo. Aparece así la valoración del trabajo, tal como lo enseñaba Cristo, tal como está ya en el Génesis. Entre los monjes el ejemplo de Cristo-trabajador es valorado, exaltado; cada uno de estos monjes tiene en Cristo un ejemplo y modelo, y quiere imitar su vida, pues Cristo trabajaba como carpintero y dignificó el trabajo manual. Además, a los monjes también se debe la cultura intelectual que,

en estos tiempos, se refugia en los monasterios, en las bibliotecas de los conventos.

En este ambiente nace el respeto por los hombres dentro de la sociedad, y poco a poco nace esta nueva dignidad humana, que cada vez toma dimensiones más universales, siendo extendida a todos, es decir, no solamente a los ciudadanos del propio país, sino también a los esclavos, lo que contribuye a *la desaparición de la esclavitud*. (Entre paréntesis, conviene recordar que la misma institución de la esclavitud es un enorme avance en la historia de la humanidad, porque en vez de matar al vencido se le perdona la vida, se le da todavía la oportunidad de vivir; pero en la forma de esclavo. Hay que entender que, en muchos casos de estos países antiguos, no se podían dar a un enemigo, al cual se le perdona la vida, los derechos civiles. ¿Cómo incorporar de inmediato y dar todos los derechos civiles a un enemigo? Sería contraproducente y peligrosísimo, por lo cual no hay nada de extraño que previamente tuviera que seguir como esclavo). La situación del esclavo era incompatible con el espíritu del Evangelio, porque Cristo murió por todos, también por los esclavos, y la Iglesia de inmediato sigue el ejemplo de Cristo, tratando a todos por igual, sobre todo en la recepción de los sacramentos, en la participación en la Santa Misa y en la Eucaristía; entonces, todos se sentían de inmediato hermanos y la esclavitud se hacía incomprensible, insostenible y, poco a poco, por la influencia del cristianismo, desaparece.

Y, así, lo que hemos visto de la antigua civilización griega, el cristianismo lo eleva. La *verdad*, que fue ya tan apreciada en la antigua civilización griega, ahora, dentro de la Cristiandad, se hace fundamento de todo este edificio, el de la nueva sociedad cristiana porque, en el Nuevo Testamento, Cristo dice «ego sum veritas», yo soy la verdad. Dios mismo es la verdad y, entonces, para un intelectual cristiano la búsqueda de la verdad no es solamente la búsqueda de la realidad o de la verdad moral, sino que es la búsqueda del mismo Cristo, del mismo Dios. Toda la cultura intelectual se convierte en algo religioso, en algo que, precisamente por el conocimiento de la verdad rinde culto al mismo

Dios. En lo cual se puede ver algo sumamente importante: el cristianismo es la primera religión que vincula la fe, la creencia, con el intelecto. San Agustín lo expresa en una fórmula muy feliz, muy clásica, a saber: «Fides quaerit intellectum», es decir, que la fe exige el compromiso del intelecto, de la razón, exige que el que cree comprometa, en la misma fe, su intelectualidad, su razón, es decir, que se comprometa no sólo por voluntad y por sentimiento, sino también por las razones intelectuales. Por otra parte, «intellectus quaerit fidem», la razón, el intelecto exige la ayuda de la fe, porque la fe es revelada, es la luz de Dios, y de este modo la razón, el esfuerzo humano por descubrir la verdad está aquí ayudado, iluminado por la gracia de Dios, y de aquí viene el hecho de que el cristianismo tanto aprecie la razón, la cultura intelectual, la honestidad intelectual, la búsqueda de la verdad como fidelidad a Cristo. Así nacen las escuelas, primero en los monasterios, después también en las parroquias y, ante todo, en las catedrales, y de estas escuelas catedralicias nacen las universidades y el hombre se dignifica cada vez más por esta cultura intelectual. A este propósito conviene hacer referencia al libro de Julio Retamal Feriveau, «Y después de Occidente, ¿qué?». Se puede decir que este libro extraordinario analiza la historia de la verdad en la cultura occidental. Ahí se observa cómo en la antigüedad, ya en la antigua Grecia, hay respeto de la verdad y cómo en el cristianismo no sólo se la respeta, sino que se la cultiva en el sentido religioso y cómo con el Cristianismo esta verdad se hace un valor básico de toda la cultura europea, de todo lo que llamamos «Civilización Occidental Cristiana», y cómo, finalmente, a medida que Europa se descristianiza, también este valor básico, la verdad, llega a ser olvidada, incluso despreciada, ante todo, precisamente, por el marxismo.

Algo parecido podemos decir respecto a *lo bello*. Previamente lo bello ha sido cultivado en la cultura griega y, ahora, en el cristianismo, llega a ser elevado, porque Dios es la belleza suprema. Cada artista se siente apreciado, porque sabe que pintando o dedicándose a la escultura glorifica a Dios. En el Antiguo Testamento hay la prohibición, de parte de Moisés, de hacer es-

culturas o pinturas, por el peligro de caer en el culto pagano. Pero también hay otra razón plenamente justificada: el Dios del Antiguo Testamento es el espíritu puro y como tal no puede ser representado ni por el dibujo, ni por la pintura, ni por la escultura. Y ¿por qué al Dios del Nuevo Testamento se le puede representar? Por la Encarnación. Una vez que Dios toma cuerpo humano, es decir, la naturaleza humana en Jesucristo, ya se le puede representar, y así nace el arte sagrado, las pinturas y las esculturas que representan a Cristo de distintas maneras: sea como el recién nacido Niño Jesús, sea como el jovencito enseñando en el Templo de Jerusalén, sea en la Cruz, sea en la Ascensión, etc., todo lo cual está justificado plenamente. Más todavía, está el dogma de que este Cristo, que tomó naturaleza humana, con su mismo cuerpo humano, pero glorificado, subió al Cielo; entonces, sigue estando allá en cuerpo humano, por lo cual es totalmente legítimo y conveniente representarlo en el arte. También está el culto de la Santísima Virgen María, como Madre de Dios, madre de Cristo, quien en cuerpo y alma es elevada al Cielo, por lo cual se la puede pintar, se puede hacer esculturas de ella. Y por ser el mismo Dios la suprema belleza, la plenitud de lo bello, el arte se halla no solamente justificado, sino fomentado por el cristianismo. El dogma de la resurrección de la carne justifica también la representación artística de los santos.

Con el cristianismo se da también la elevación de *lo bueno*, de la moral, porque Dios en el cristianismo es el sumo bien, el último fin del hombre. Se aprecian también los bienes materiales, económicos, como medios para alcanzar los fines espirituales de la cultura y de la misma salvación, haciendo el bien, compartiéndolo con los demás, y no solamente lo material, sino, ante todo, lo espiritual. Por esto, en el pensamiento occidental cristiano, al hombre se le considera como primer factor del desarrollo de la sociedad, es decir, que por el desarrollo de la persona se llega al desarrollo de la sociedad, del país, de la economía. Y el hombre se desarrolla por el trabajo, de aquí viene la fórmula del desarrollo integral: «poseer más, para ser más»; es decir, poseer no solamente para ser rico materialmente, sino para desarrollarse es-

piritualmente, ser más; se posee más para ser más, sólo si se tiene la riqueza como medio y no como fin.

Sin embargo, donde esta sublimación de lo antiguo llega a la cumbre es con la caridad. *La caridad* es lo más característico del cristianismo; la caridad como actitud de compartir todo lo que se posee, tanto lo material como lo espiritual, no solamente los bienes económicos, sino también los espirituales, los conocimientos, las virtudes, el saber. De ahí que surjan las escuelas catedráticas, las universidades y aparezcan instituciones nuevas, que nunca antes hubo, como hospitales, hospederías, casas para huérfanos, para ancianos, leproserías, etc. Todo esto no existía en el mundo antiguo, salvo lo que podríamos llamar «clínicas particulares» para algunos ricos. Y hay ejemplos tan elocuentes como el de los mismos reyes cristianos que no solamente se dedican a fundar leproserías sino personalmente a cuidar a los leprosos, como San Luis de Francia.

Con el cristianismo también se destaca *la dignidad de la mujer*, que antes no se apreciaba en absoluto, sólo existen algunas formas de cortesía como expresión de algún nivel más alto de cultura, pero no como reconocimiento de la plena dignidad humana en la mujer, lo que viene solamente con una interpretación cristiana de la Biblia, pues, como hemos visto, Dios ha creado al hombre como varón y mujer. El cristianismo destaca esta dignidad de inmediato, en la misma vida de la comunidad cristiana y, ante todo, en la vida religiosa, en las celebraciones litúrgicas, donde la mujer es tratada en todo igualmente al varón. Esto se debe principalmente al culto de la Santísima Virgen, culto de una mujer que pone de rodillas al varón, cambiando la mentalidad varonil.

Hay también que mencionar la existencia de un nuevo *régimen social-económico*. Básicamente, la cristiandad hereda el régimen social-económico de la antigüedad, de Grecia y del imperio romano. A pesar de que fue destruido por la invasión de los bárbaros, se lo reconstruye, pero reconstruyéndolo se lo cristianiza. Es un régimen artesano, en el cual el hombre es el centro; centro, porque es el hombre el que produce, y produce para el hom-

bre, para necesidades concretas, existentes, reales, y todo se hace respetando la dignidad de la persona. El artesano trabaja en su taller, instalado en su hogar, con ayuda de su familia, por lo cual el trabajo afirma la vida familiar. La competencia se hace por la calidad. Se produce para el cliente, es decir, para las necesidades reales, y así no hay despilfarro de las materias primas. La economía es humana y humanista, porque produce el hombre, para el hombre y en condiciones humanas. Se desarrollan los *gremios*, que se organizan como parte de la sociedad; el conjunto de los gremios forma corporaciones. Todo esto en base a una filosofía social, en la cual se ve a la sociedad como algo análogo al cuerpo humano, y de ahí el respeto por la dignidad de todos, porque, como en el cuerpo humano cada órgano es absolutamente necesario e irremplazable, la uña tan necesaria como el dedo, el corazón tan necesario como el cerebro, cada uno en su lugar y cada uno irremplazable, así también, por analogía, en la sociedad, los cuerpos que la integran son irremplazables y se respeta a todos por igual. En toda sociedad, basada sobre el mutuo respeto y el mutuo servicio, se aplica el principio de subsidiariedad, es decir, que cada uno cumple con su papel, y el organismo superior ayuda al inferior solamente cuando el inferior lo necesite, pero no lo reemplaza, ni le quita su función.

Tal vez lo más típico de la Cristiandad es el nuevo concepto de *lo militar*. Los caballeros son conocidos ya en las antiguas civilizaciones precristianas y, refiriéndose a ellos, André Maurois expresó muy bien su carácter, destacando lo esencial: «Tirer l'arc, monter à cheval et ne pas mentir»; «tirer l'arc»: dominar el arma, «monter à cheval», andar a caballo: la destreza física, y «ne pas mentir», no mentir: el valor moral, poner la fuerza al servicio de la moral, lo que distingue al caballero de cualquier jinete. En la Cristiandad esto también es elevado, pues los caballeros son la «flor y nata» de la sociedad. Y, ¿por qué? Porque son los que más sirven a la sociedad. El labrador trabaja la tierra, alimenta a todos; el artesano produce los necesarios bienes económicos; el monje reza y, siendo el intelectual de la época, se dedica a la enseñanza y a la cultura, pero es el caba-

llero el que defiende a la patria; los primeros dan la fuerza, el trabajo, el sudor, pero el caballero da su sangre, su vida, y hay que tomar en cuenta que ésta es la época de permanentes guerras, por lo cual el caballero permanentemente tiene que estar en el combate, dispuesto a dar su vida y, entonces, no puede trabajar y por ello el labrador trabaja también para él, de ahí viene toda la estructura feudal. La misma guerra defensiva, el arte militar como algo noble, causa nobleza, porque es sacrificio. Nada menos que el rey es el que encabeza toda la jerarquía de estos caballeros y no dirige desde atrás, sino que combate en primera fila, con el arma, con la espada en la mano, siendo muy a menudo también el primero que cae.

El caballero debía defender no solamente la patria, el territorio del país, sino también los valores morales: debía defender al débil, al enfermo, al pobre, debía hacer justicia, defender el honor, demostrar fidelidad, coraje, virtudes y también imitar a Cristo, porque para estos caballeros de la Edad Media Cristo es el primer caballero. Muy a menudo tenemos una visión deformada del feudalismo, porque los historiadores más bien se refieren a la época de la decadencia de este sistema, mientras que en su esencia es un régimen de mutuo servicio, y este mutuo servicio es plenamente respetado, es una jerarquía de servicios, de autoridad, en la cual la autoridad suprema es Dios. Es una jerarquía de señores, dentro de la cual está, en la cumbre, Notre Dame, la Señora Virgen María, el Caballero y Señor Jesucristo y el Supremo Señor Dios Padre.

Toda esta jerarquía se halla expresada de una manera simbólica en las *catedrales*. La catedral de la Edad Media es no solamente la suma de las artes y ciencias, sino símbolo de todo el orden universal, de la cosmovisión cristiana. En la piedra, por la escultura, se expresan todas las artes y todas las ciencias; allí, en esas piedras se da lo bello, lo verdadero y lo bueno; la totalidad de las ciencias y de los conocimientos humanos: la geometría, física, matemáticas, canto, música y pintura; la catedral es la obra de todo el pueblo, de varias generaciones, orgullo del país; es el monumento a la gloria de Dios, símbolo del sentido



de la vida del hombre y de la sociedad que consciente camina hasta Dios, hasta la eternidad; es el centro de la vida social y cultural: de reuniones, de debates, de fiestas, de culto, de estudios; allí nacen las escuelas y las universidades, pues es el hogar de todas las «universidades», es decir, de los gremios, pues los gremios, en esta época, siguen siendo llamados «universitas», el término antiguo latino, que en latín romano significaba «asociación gremial». Además, la catedral es fortaleza, es fuerte, es asilo y también es la tumba de los reyes y de las personas nobles. La catedral es símbolo de la misma Iglesia, de la sociedad cristiana, de la Cristiandad; es algo que sólo podríamos comparar, con reparos, con las pirámides del antiguo Egipto, que también son algo simbólico de la cultura antigua egipcia, siendo tumbas-mausoleos donde se archivaba la ciencia.

Sin embargo, permanece en esta sociedad el dualismo, que San Agustín, en el principio mismo de la Cristiandad, simboliza en forma de dos ciudades: «Civitas Dei et Civitas mundi», la ciudad de Dios y la ciudad del mundo. La ciudad de Dios es la «ciudad» (el Estado, la civilización, el régimen, el universo) edificada conscientemente sobre la ley divina, natural y positiva, sobre la enseñanza de Cristo, y la ciudad del mundo es la que se pretende construir sin Dios e, incluso, contra Dios. La ciudad de Dios se impone por algún tiempo, por más de un milenio, pero viene la reacción de parte de la ciudad del mundo, primeramente en forma del Renacimiento que es, ante todo, el renacimiento de la antigua cultura pagana y del principio pagano «homo mensura», el hombre es la medida de todas las cosas y no Dios y su voluntad. Después viene el protestantismo que es, desde muchos puntos de vista, la protesta contra la ciudad de Dios, ante todo en el plano religioso, es precisamente el abandono de la fe intelectual y; con el protestantismo, viene el fideísmo y también el racionalismo como razón de ser de la vida intelectual no subordinada a la moral, al culto de la verdad; viene el liberalismo como la pretensión de hacer lo que se le antoje a uno sin tomar en cuenta ni la ley natural ni la moral dada por Dios y, así, poco a poco, se seculariza y se desacraliza la sociedad europea.

Al principio del siglo XIX, a raíz de la Revolución francesa y la revolución industrial viene el otro tipo de cambio: se impone el individualismo, el socialismo y el comunismo y con ello viene también la secularización consciente de la Ciudad de Dios, del Reino de Dios predicado por Cristo, como una obra consciente en los escritos de Saint Simón, quien publica el «Nuevo cristianismo», un cristianismo secularizado, sin Dios, sin Cristo, reducido a la ética descristianizada, preparando el ambiente para la aparición del enemigo declarado de todos estos valores que hemos visto: de lo bíblico, de lo griego, de lo romano y, ante todo, de lo cristiano; este enemigo es el marxismo y más exactamente la revolución marxista, pues, el marxismo se declara como enemigo absoluto de estos valores y lleva consigo el afán de destruirlos por completo por la revolución, porque el marxismo es la máxima expresión de la «ciudad del mundo», de la ciudad del Príncipe de este mundo, como Cristo llama a Satanás.